

**LA ESTATUA
QUE TIEMBLA**

Tamara Romero

La estatua que tiembla

Publicado por Sociedad Júpiter
Barcelona, enero 2020

Copyright © Tamara Romero, 2020
www.tamararomero.com
Diseño de cubierta: CL Smith

ISBN: 9781672640619

Todos los derechos reservados. Quedan prohibidos, sin la autorización escrita del titular del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra. Si necesita reproducir algún fragmento de esta obra, póngase en contacto con la autora.

PRIMERA PARTE

EL GRUPO DE ESTUDIO

1.

ERA CASI DE NOCHE cuando encontramos a Marie descalza, caminando por el arcén de la carretera de Weyland, con un vaporoso vestido blanco que se transparentaba y cubierta de luces de Navidad, así que era imposible no verla. Era la típica iluminación barata que venden en los bazares chinos, de tres colores que refulgían en la penumbra: verde, violeta y azul. Rodeaba su torso como una enredadera eléctrica.

—¿Esa no es la pirada de Marie? —preguntó Fedora, al tiempo que bajaba la ventanilla para que saliera el humo, después de habérselo pedido varias veces. El coche apestaba a marihuana y podría meterme en problemas cuando se lo devolviera a mi madre si el olor persistía.

—Me pregunto dónde se habrá enchufado las luces —dijo Vania.

—Ella genera electricidad entre las piernas. ¿No sabéis que también conecta ahí el cargador del móvil?

—Dios, qué vulgar eres, Fedora. Llevarán una pila o una batería o algo así.

Aminoré la marcha hasta casi detener el coche.

—Vamos a decirle que suba y que se venga con nosotras. Mejor que la llevemos, no creo que sea muy seguro andar por el arcén a estas horas, aunque lleve esas luces. ¿Os parece? Y de paso que nos explique por qué va vestida como un árbol de Navidad cuando aún faltan más de dos meses —les dije. En realidad necesitaba una excusa para abrir las puertas del coche y que se ventilase a fondo.

—Está haciendo de chica de la curva. Seguro que es una de sus *performances*.

—La chica de la curva no llevaría luces de posición, ¿no?

Al final Fedora no dijo nada sobre mi ofrecimiento, pero Vania resopló, mostrando cierta disconformidad. Marie, nos había dicho en varias ocasiones, le daba “mal rollo”. Había llegado a la facultad el año pasado, con las clases ya empezadas, unas dos semanas más tarde de la cuenta y cuando ya se habían forjado los primeros grupos. Recuerdo que pensé que no le sería nada fácil integrarse en alguno.

Les caía mal porque era excéntrica y no encajaba. Porque fuimos incapaces de asignarle una etiqueta específica. La primera vez que la vimos estaba semienterrada de pie, de cintura hacia abajo, en la explanada que hay delante de la facultad. Tenía los ojos rodeados de pintura negra e intentaba agarrar los tobillos de todo el que pasaba por su lado.

En efecto, era una *performance*, y aunque como estudiantes de Bellas Artes no debería sorprendernos del todo, sí nos chocó, debido a que era el inicio del curso del primer año. Fue osado. A mí me hizo gracia, pero no dije nada.

Detuve el coche junto a Marie, que ya nos encaraba, como si hubiese adivinado nuestra intención. Ella era del todo ajena a la hostilidad de mis amigas. O, por lo menos, le importaba bien poco.

—Hey —dijo. Su rostro se encendía de forma intermitente gracias al reflejo de las luces.

—Sube. Te llevamos —le dije.

Se acomodó con Fedora en el asiento de atrás. Sabía que Marie caminaba descalza a menudo pero, según me contó, solía hacerlo por el bosque, la playa o por zonas en las que hubiese tierra. Pero aquella noche lo hacía sobre el asfalto y en ese momento me hubiera encantado ver el estado de la planta de sus pies.

—¿Dónde vais? —nos preguntó.

—A la playa. Un rato...hasta que sea de noche del todo —contestó Fedora.

—¿Y tú? ¿O vienes de algún sitio?...¿Te apuntas? Tenemos cervezas —le pregunté.

No dudó en ningún momento.

—Suena bien, pero hoy no puedo. Tal vez otro día.

—Entonces, ¿dónde quieres que te deje?

—Voy a la Casa Madsen. Está a unos cinco minutos aún, siguiendo la carretera. Si me dejas en la próxima salida, ya estaré bien.

Vania resopló de nuevo, y con ese gesto se dio la razón a sí misma. *La pirada de Marie.*

—De acuerdo pero...no vives allí, ¿no?

Miraba por la ventana. Había apagado sus luces.

—No, no. Voy a una de las reuniones de los viernes.

Me encantó que Marie diera por hecho que estábamos al corriente de lo que era la Casa Madsen y lo que se fraguaba en su interior. Había okupas allí desde hacía

unos meses. Y en general a todo el mundo en la ciudad le parecía bien, porque la casa estaba abandonada y en ruinas y era obvio que estaba siendo rehabilitada. O al menos esa era mi impresión.

—Es una secta, ¿no? —inquirió Vania.

—No, es un centro cívico.

—No me refiero a la casa en sí. Hablo de la gente que vive allí ahora. Desde hace unos meses.

—No es una secta —repitió Marie—. Es un Grupo de Estudio.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué estudian? —preguntó Fedora.

—Se habla sobre todo de una película que nos interesa, *Francesca camina hacia el volcán*.

—Chicas, dejadla en paz. No le hagáis *bullying* —dije.

Fedora me ignoró por completo. La observé por el retrovisor. En ese momento parecía genuinamente interesada en lo que pasaba entre las paredes de aquella casa.

—¿En esas reuniones habláis de una película? ¿Comentándola? ¿Siempre de la misma?

—No la has visto, ¿verdad?

Negó con la cabeza.

—Se nota.

—¿Por qué lo dices? ¿Me la recomiendas?

Estaba a la defensiva. Ese tono pasivo-agresivo que yo tan bien conocía era más que evidente, y seguro que nuestra invitada lo captaba a la perfección, pero Marie optó por pasarlo por alto.

Un SÍ automático habría sido lo más lógico.

—No, no la veas. Te volverás loca, como yo.

Se rio al instante, imagino que para desactivar nuestro desconcierto. Busqué su mirada a través del espejo. Estábamos llegando al desvío que conducía a la Casa

Madsen, una pista forestal. Aminoré la velocidad, en parte porque yo también tenía muchas preguntas y no iba a tener tiempo para encontrar las respuestas.

—¿Quieres que entre por el camino de tierra, Marie? Así te dejamos más cerca.

Ya veíamos en una esquina de la pantalla panorámica en la que se había convertido el parabrisas la silueta de la casa, con la verja que rodeaba la propiedad sin dueño y las estatuas blancas desperdigadas por el jardín. Marie volvía a iluminarse. Las luces sobre su cuerpo se apagaron unos segundos más de la cuenta, y se reactivaron cuando habló de nuevo.

—No te molestes. Aquí en el arcén está bien. No quiero robaros mucho tiempo. A no ser que queráis acompañarme a la reunión.

Fedora soltó una risita nerviosa. Era el típico plan al que ella se apuntaría de cabeza. Le encantaban aquel tipo de historias improvisadas, sin pies ni cabeza. Una reunión con gente vestida de blanco en la que hablarían de una película que no había visto.

Encendí el intermitente y me detuve cerca del desvío, pero apagué el motor por completo. Me asomé entre los asientos delanteros para encarar mejor la conversación.

—¿Sabes qué, Marie? Yo sí que la he visto.

Frunció el ceño, en un gesto interrogante.

—La película de Francesca. Hace un par de años, creo —aclaré, aunque pensé que en el fondo no hacía falta— Y tienes razón, me perturbó bastante. Pero si no recuerdo mal, lo que le sucedió después al director fue lo que le dio fama, ¿no?

—Hay quien piensa eso, sí...

—¿Tú no lo crees?

—No, creo que lo que importa realmente de todo ese asunto es Francesca y su viaje.

Abrió la puerta del coche y antes de bajar meditó durante unos segundos. Y después dijo:

—Gracias por traerme hasta aquí, chicas —se asomó a la ventana del copiloto y me miró—. Creo que deberías venir el próximo viernes a la reunión. No solemos hablar del director de la peli, y ahora que lo pienso...sería interesante. Puedo proponerlo.

Observamos cómo Marie avanzaba por la pista forestal en dirección a la Casa Madsen, a unos doscientos metros de donde estábamos. Desde el interior del coche veíamos las estatuas al fondo y el resplandor que confería el sol en su amago definitivo. Se giró para mirarnos y, supongo, para ver si seguíamos allí escrutándola. Nos saludó con la mano y cuando emprendió de nuevo el camino, las luces que la envolvían se encendieron de nuevo, aunque ya no de forma intermitente.

‡

La película documental *Francesca camina hacia el volcán* era una de esas obras (o personas, o sucesos) que me obsesionan durante unos días o unas semanas para ser sustituidas por otras de semejante magnitud al cabo de un tiempo. Me encantó aquel repentino descubrimiento: saber que había gente —en este caso un grupo organizado— que no había conseguido salir de ese círculo y que lo celebraba sin complejos en una reunión semanal.

Francesca Apollonia era una cantautora *folke* que triunfó en los años ochenta y que, después de dos décadas de carrera bastante exitosa, decidió desaparecer del mapa. Se retiró por completo, sin avisar a su familia, ni a sus seguidores, ni mucho menos a su discográfica. Se fue a vivir sola, en una cabaña construida en la falda del volcán Carcram, cuyo cráter, decían, escupía flores de vez en cuando.

—¿Se convirtió en una ermitaña? —preguntó Fedora, tumbada alrededor del conato de hoguera que intentamos encender en la playa.

—Sí, supongo que sí —contesté—. En las inmediaciones del volcán hay varios bosques. Hay gente que vive allí, o vivía, aislados en cabañas. Dicen que también en algunas de las cuevas que se formaron en la roca.

—Entonces no son tan ermitaños, si se acompañan entre sí —contestó, de nuevo a la defensiva.

Aquello me enervaba porque Fedora no era en absoluto tonta. Solo le gustaba enredarse en las conversaciones para sacarnos de quicio de vez en cuando.

Vania rebuscó en una de las bolsas y sacó otras tres latas de cerveza.

—No entiendo qué tiene que ver todo ese asunto de la ermitaña con la película.

Yo tampoco lo recordaba del todo, pero pensé que sería una buena excusa para volverla a ver.

—Si no me equivoco, un tipo decidió en un momento dado que ir en busca de Francesca después de ese tiempo y rodarlo todo era una gran idea, así que emprendió un viaje con una cámara y documentó la búsqueda. La película alterna antiguas imágenes de archivo de ella

como cantante, actuaciones, entrevistas y demás... con él mismo abriéndose paso por la maleza que rodea la base del Carcram.

—¿Y la encontró?

—Sí. La encontró. Habló con ella. Accedió a salir en la película. Ahora debe tener unos cincuenta y pico o sesenta años, y el documental se rodó hace unos tres o cuatro...

—¿Y? Lo que no entiendo es por qué Marie organiza reuniones para debatir sobre ese tema. Quiero decir...¿tanto da de sí?

Vania intervino:

—Yo diría que no las organiza ella, ¿no? Me ha parecido oír en algún momento que es la gente que se reúne en la Casa Madsen la que propone el debate. Y que ella solo acude como participante...

—Si no la hubierais espantado con vuestras borderías estoy segura de que nos lo habría explicado mejor.

Fedora arrugó la nariz.

—Casi me desmayo cuando la he visto andando descalza con las luces. No he entendido nada. Volviendo al tema de la peli, ¡explícalo bien!

Traté de hacer memoria, pero tampoco recordaba exactamente en qué consistía la polémica que lo envolvía todo. Improvisé un poco, con la firme intención de refrescar la materia a lo largo del fin de semana.

—Solo sé que el aspecto de Francesca hacia el final de la grabación es...inquietante. Por decirlo suavemente.

—¿Inquietante?

—Era más un monstruo que una persona. Eso decían las críticas, y a mí también me lo pareció. Y no solo comparada con la época en la que brillaba sobre los escenarios. Era como si mutase dentro de la misma

película. En los tres o cuatro encuentros que mantenía con el director...no sé. Estaba diferente. Y eso era obvio para cualquiera que la viese. Lo recuerdo como algo escalofriante. No he vuelto a ver la película, la verdad.

—¿Y eso que le has comentado luego a Marie? ¿Lo que le pasó después al director? —preguntó Vania.

—Tías, si os interesaba tanto esta historia deberíais haberla acompañado a la casa de las estatuas.

Me di cuenta de que no era un asunto del que quisiera hablar con ellas en ese momento.

—Es principio de curso y no hay demasiados temas de conversación. Estarás de acuerdo —dijo Fedora.

—Vale, veamos. El director. Montó la película, la puso en manos de su productor, que si no me equivoco era un colega suyo que trabajaba para una productora de televisión y se desentendió del tema. Entonces tuvo un accidente de coche y se quedó en coma. Y lleva dormido desde entonces. Quiero decir, lleva unos años inconsciente. Nunca supo que su película se convirtió en una especie de obra de culto y supongo que alucinaría si supiera que un grupo se viste de blanco en una casa medio en ruinas para hablar de ella y creo que también para...

Dejé la frase a medias con el objetivo de que alguna de mis tóxicas amigas la terminase, pero se quedaron mirándome como si una araña gigante estuviese trepando por mi cara.

—¿Para qué?

—Planificar su propia expedición. Para ir ellos mismos en busca de Francesca, imagino.

2.

EL SÁBADO POR LA MAÑANA hubo otro ataque aviar en la ciudad, así que durante un buen rato me olvidé por completo del encuentro con Marie en la carretera y del documental maldito sobre Francesca. Estaba en una de las cafeterías que frecuento en el barrio. Generalmente llevaba el portátil o algún libro y estudiaba Historia del Arte allí, aunque en el fondo la mayor parte del tiempo lo dedicaba a mirar por la ventana.

Aquel sitio solía llenarse de *freelances* por las tardes, diseñadores gráficos que trabajaban en sus ordenadores, o profesores de idiomas que daban allí sus clases particulares. Me gustaba por ese ambiente de concentración y por la música instrumental que sonaba de fondo y que al cabo de diez minutos se convertía en un mantra hipnótico y agradable. En esa mañana solo había unas cuatro o cinco personas en las mesas, bien separadas y concentradas en sus tareas. Yo, como de costumbre, miraba hacia un punto inconcreto del mundo exterior.

Entonces un pájaro negro de tamaño medio chocó de forma violenta contra el cristal. Yo fui la única que lo vi,

el resto se sobresaltó, expulsados de sus respectivas pantallas. De repente se formó una poderosa comunión entre extraños.

—¿Ha sido un pájaro? —me preguntó un tipo con barba, que estaba sentado de espaldas a la ventana.

Asentí. Otra chica se levantó y salió de la cafetería para comprobar el estado del animal. Volvió al cabo de unos minutos con un gesto contrariado. Lo anunció para toda la sala:

—No se puede hacer nada. Está muerto. Lo he apartado de la acera. Hay algunos más calle abajo.

La chica se encogió de hombros. Nos miramos, dando por terminada la conversación, pero siendo conscientes de que aquel desagradable suceso nos legitimaba para, al menos, despedirnos los unos de los otros cuando abandonásemos el local.

Este era el motivo por el que las autoridades recomendaban cerrar siempre las ventanas. Exactamente el mismo por el que muchos animalistas las mantenían abiertas. Los llamaban ataques aviares, pero no eran pájaros atacando a nadie, como en aquella película de Hitchcock, eran solo aves chocando con gran estruendo contra los cristales. Muchos al mismo tiempo. Sin ninguna explicación lógica, claro. Sucedió desde hacía unos ocho meses, dos, tres veces al mes.

Recogí mis cuadernos en blanco de la mesa, cerré el ordenador, y me fui a casa. Odiaba ir sorteando cadáveres de pájaros por la calle y ver rastros de sangre en algunos escaparates. El de la tienda de discos de Nietzsche era uno de los afectados y me detuve ante él. Pero no me fijé en los restos orgánicos que lo manchaban. Lo que observé era que, tras el cristal, había

una especie de altar coronado por el tercer disco de Francesca Apollonia.

Entré sin pensarlo. Nietzsche me conocía bien. Nos conocíamos bien.

—Los pájaros siguen suicidándose. No hay manera de parar esto —me dijo él, aburrido tras su mostrador.

—Los animales no se suicidan —le contesté—. Eso no tiene ningún sentido.

—¿Es que nadie piensa hacer nada?

—Yo creo que, algún día, simplemente, dejará de pasar.

Me miró de arriba a abajo.

—Hacía tiempo que no venías... Bueno, a veces te veo pasar por aquí delante...

No tenía muchas ganas de darle explicaciones sobre mis rutinas a Nietzsche, con quien había salido durante un par de meses hacía unos cuatro años, cuando yo aún estaba en el instituto. Por entonces él ya estaba bien instalado en la treintena y vivía detrás del mostrador de su desierta tienda de discos.

—Ese vinilo de Francesca Apollonia...el del escaparate.

Arqueó las cejas, sorprendido.

—¿Te interesa?

Asentí.

Por fin levantó el trasero de su taburete y se dirigió al expositor. Cogió el disco y se acercó.

—Si quieres llevártelo, estás de suerte. Está descatalogado. Este precio —dijo, dando unos golpecitos con el dedo índice sobre la etiqueta— no lo vas a encontrar *online*.

Era una edición del año ochenta y ocho de *El desafortunado camino de Iris*. Nunca lo había escuchado. Se lo devolví.

—Sí, me lo llevo.

Sonrió satisfecho. No había tenido que recurrir a su abanico de tácticas de venta.

—La verdad es que estoy buscando material antiguo de Francesca —me contó—. Así que si te interesa puede que tenga cosas nuevas la semana que viene. Habrá un *revival* en breve, lo presiento.

—¿Lo dices por los de la Casa Madsen?

—Vaya. ¿Estás al tanto de eso? Creía que nadie tenía ni idea de lo que se cocía en ese sitio.

—Una compañera de clase se deja caer por ahí de vez en cuando.

Nietzsche apartó de mí sus ojos azules. Se acarició la barba.

—No tengo la esperanza de hacer mucho negocio con esa panda. Y tampoco es que vengan mucho por la ciudad, la verdad. O al menos yo no los he visto.

—Marie me ha invitado a una de sus reuniones.

—¿Marie es tu amiga?

—Compañera de clase —le repetí.

—Yo iría. Para ver qué hacen allí dentro, más que nada.

—¿No van a desalojarlos?

—Creo que a nadie le importa esa casa en ruinas al lado de la carretera. Dime, ¿viste la película? ¿Qué te pareció? —me preguntó.

—El caso es que no recuerdo si la terminé de ver o no. Fue hace años, cuando salió. Y me dio miedo. Porque todo en ella parecía real.

—Oh. Es que era real.

—¿Tú también lo crees?

—Sí, por supuesto. Era un documental.

—Pero ella es una artista. Y además empezó su carrera haciendo *performance*. Después se pasó a la música. Podría ser todo una gran impostación. Un artificio.

Nietzsche negó con la cabeza.

—Vuelve a verla. Se puede actuar. Puede maquillarse y disfrazarse todo lo que quiera, pero esos ojos de bestia eran reales.

Pagué el disco y salí de la tienda. Uno de los equipos de limpieza, dedicado solo a recoger cuerpos de pájaros, ya patrullaba por las calles.

Nietzsche era uno de los pocos ex con los que podía mantener una conversación civilizada. Nunca íbamos a ser grandes amigos, pero al menos podía entrar en su tienda y hablar con él de las aves precipitadas y la cantautora ermitaña.



Tardé unas dos horas en encontrar un *torrent* decente de *Francesca camina hacia el volcán*. Debí borrar hace tiempo el original de mi disco duro, seguramente por el mal rollo que me provocó en su día. La película tuvo un recorrido comercial muy efímero. Se financió gracias a un *crowdfunding* impulsado por fans de Francesca Apollonia y se debió estrenar en algún festival y en un par de salas de la capital a lo sumo, pero el debate que se generó y el hecho de que la familia de la artista pusiera el grito en el cielo al ver su comportamiento errático y progresiva debacle hizo que se retirase de todas partes. Nunca se

emitió en televisión ni en ninguna plataforma de pago. Durante un tiempo circuló por Internet y, después del accidente de su director se eliminó toda referencia a la película, incluida su página de Wikipedia.

El director se llamaba Isaac Dion. Tuvo lo que la prensa llamó “el accidente de tráfico imposible”. En una recta de la carretera que cruzaba el Desierto de la Bastarda. Salió del asfalto y dio varias vueltas de campana. Se revisó su coche tras el incidente, así como el lugar en el que sucedió. No se encontraron señales de frenazos ni ningún obstáculo con el que pudiese chocar. Lo más dramático del asunto es que no lo encontraron hasta pasados dos días desde que Dion se salió de la carretera. Volvía de entregar la película montada de nuevo a su colega productor.

Hacía más de dos años del accidente. Seguía inconsciente desde entonces en la cama de algún hospital. En uno de los artículos que encontré al respecto navegando por Internet leí que respiraba por sí mismo. Nadie supo nunca qué paso desde que volcó en el desierto hasta que lo encontró la policía fuera de su coche, dormido y rodeado de serpientes venenosas que lo esquivaban a toda costa.

Volviendo a la cuestión del archivo .avi con la película. Tuve que recurrir a un servidor ruso para encontrarlo y descargar dos *torrents* fallidos. El tercero funcionó. Puse el portátil sobre la cama, apagué las luces y busqué el cojín al que me abrazaba para ver contenidos peliagudos. Mi madre interrumpió mi íntima ceremonia justo antes de empezar.

—No necesitas el coche hoy, ¿verdad? Creo que voy a salir un rato.

Ni siquiera esperó a que le contestara. Me quedé sola en casa el resto de la tarde y de la noche, siendo testigo del encuentro con una cantante convertida en un ser mitológico del bosque. Uno de los que forjan maldiciones en lugar de leyendas.



El lunes por la mañana fui al taller de escultura de la facultad en busca de Marie. La encontré trabajando en un gran molde de yeso con forma de albatros. Iba ataviada con un vestido negro muy poco apropiado para manipular ese tipo de material, (por las manchas blancas que estaban a punto de mancillarlo, no porque no le quedase perfecto).

—¿Decías en serio lo del otro día? —le pregunté en voz baja, como si ya manejásemos secretos entre nosotras—. Lo de ir contigo a una de vuestras reuniones de la Casa Madsen.

Y de hecho, así era. Estaba a punto de ser nuestro secreto.

—Claro. Solo si te interesa el tema que tratamos, está claro.

—¿Cuándo es la próxima?

—El viernes. Todos los viernes. Empezamos a las diez de la noche.

—Me interesa. ¿Paso a buscarte?

—Eso sería perfecto, porque yo me quedaré allí a dormir. Así me ayudas a llevar algo de equipaje. Pero no será mucho, lo prometo.

—¿En la casa?

Dejó la espátula con la que trabajaba sobre una bandeja de plástico.

—Clara me ha admitido en el grupo, por fin. Para quedarme allí de forma permanente. Al menos unas semanas, tal vez un mes. Seguiré viniendo a clase, por supuesto, pero no sé si podrá ser todos los días...

—¿Quién es Clara?

—Es la coordinadora del Grupo. Ya la conocerás el viernes. Es fantástica, te va a encantar. ¿Vendrás tú sola?

Asentí. Ni se me habría pasado por la cabeza preguntarles a Vania y a Fedora.

—¿He de prepararme de alguna forma? —pregunté—
¿Y estás segura de que al Grupo no le importará que yo aparezca? No tengo pensado pasarme de forma regular por allí. Durante el fin de semana volví a ver la película y estuve escuchando un par de discos de Francesca y...

Marie me miró con los ojos muy abiertos, y en ese momento fue cuando noté los matices amarillentos de sus iris de color marrón cambiando de posición. Se colocó la melena larga y oscura sobre el hombro izquierdo.

—¿La viste entera? ¿Hasta el final?

—Sí.

—¿Pudiste dormir?

—Esa noche no. Pero mira...hay tantas cosas que me gustaría comentar con el grupo...—saqué uno de mis cuadernos de notas y lo abrí por las últimas páginas, lo suficientemente rápido para que Marie no pudiera descifrar ni uno solo de los garabatos. Solo quería

demostrarle que había estado pensando, que iba a poder articular una teoría delante de su grupo. Mi teoría.

Puso su mano sobre mi antebrazo.

—Fenomenal. No me cuentes nada ahora. Lo hablaremos con Clara el viernes.

—Perfecto.

—Otra cosa más. ¿Tienes ropa blanca?

—¿Un vestido?

—Vestido, pantalones, camisa...lo que sea.

No era mi color más recurrente, pero sí, supongo que sí.

—Vestimos de blanco. Como Francesca cuando se subía a los escenarios. Sería un detalle que tú también lo incorporases. Aunque solo vengas de visita. ¡Ah! Y somos muy conscientes de lo que se dice por ahí. Ni caso. No hay ningún compromiso de permanencia, ni hay que aportar dinero. Nada. Solo nos reunimos para hablar sobre algo que nos interesa, arrojar un poco de luz sobre todo ese asunto. Es...reconfortante.

El blanco es el color menos apropiado para una vida austera en una cabaña en el bosque. Y sin embargo, su vestimenta aparecía impoluta en la película. Era su piel lo que se manchaba continuamente. La piel, el pelo, los dientes.